



Otilia Navarrete
El ojo de la lluvia



Lluvia Editores



OTILIA NAVARRETE (Lima). Estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Alejada del quehacer literario reinicia su acercamiento fundando los Talleres de Creación Literaria (narrativa y poesía) en el Museo de Arte de Lima, desde 1986 hasta 1992. Paralelamente funda la Asociación Libro Abierto.

A fines de 1990, edita y dirige la revista *Imaginario del Arte*, dedicada a la difusión de los valores nacionales en los diversos campos del arte. Publica 13 números, el último de los cuales aparece en julio de 1997.

Ha publicado en diversas revistas nacionales y extranjeras y editado, en 1992, en la edición conmemo-

rativa del Centenario de César Vallejo, su poemario *Oscuro Cauce del Agua*.

Con versos largos y un ritmo de vegetación hecho hebra, Otilia Navarrete sigue un antiguo afluyente de la poesía peruana donde, ternura, desamor y esperanza se afiitan con *El ojo de la lluvia* bajo su párpado que llena el cielo con su luz. El cabello se convierte en agua, la mirada en una multitud de hilos, los hilos en voz y la voz en signos que enrojecen nuestra piel. Llega a nosotros, silenciosa y serena como el resplandor de una mujer sobre un papel encendido.

El ojo de la lluvia

Otilia Navarrete

El ojo de la lluvia



Lluvia Editores

SERIE PALABRANUESTRA

Dirigida por: José Serna Ponce

Esteban Quiroz Cisneros

Cubierta: *Henri Matisse. (Femme à la fontaine).*

Foto de autora: *Fernando Silva Navarrete*

- © **Derechos reservados** *Otilia Navarrete*, Lima, 1998
- © **De esta edición,** *Lluvia Editores*, Lima, 1998
Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501, Telefax: 432 0732

I.S.B.N: 9972-627-20-9

Hecha e impresa en el Perú
Rurasqa qellqasqa Peru llaqtapi
Made in Peru

Prólogo

En medio de la cuidada yerba del Parque de la Exposición se levanta una pequeña rotonda de estilo morisco. Allí, en el segundo piso, funcionaba hace algunos años el taller de poesía de la incesante Otilia Navarrete. El término *taller* insinúa trabajo artesanal, persistencia, afinamiento de recursos. En la rotonda morisca, durante seis años, Otilia y los sucesivos talleristas trabajaron buscando, más allá del nombre pedestre de las cosas, palabras para nombrar la poesía.

Pero la poesía no siempre se deja nombrar. Tal vez antes era más dócil o más condescendiente, pero la modernidad nos advirtió, entre otras cosas, que la poesía había cambiado. Ahora era desdeñosa y casi muda. El poeta sólo podía dejar constancia de que hay insinuaciones, sospechas, signos rápidos, pero posiblemente ninguna frase inteligible.

Esta vez vayamos con Otilia Navarrete a perseguir el más contradictorio de nuestros dones, la palabra. Estemos con ella cuando, cansada y limpia de pensamientos, sólo escucha *el húmedo jadeo / de la lluvia*. Feliz vacío donde la lluvia suena sin significar nada. Pero veámosla también cuando de pronto recomienza: ella es, como la llamó Blanca Varela, *una auténtica y empecinada buscadora de signos*, y ya la lluvia parecerá querer revelarle algo. Entonces volverá a su larga tensión poética, a su casi permanente estado de conciencia, para buscar alguna frase definitiva, por ahora y eventualmente, en el acompasado ruido del cielo sobre el mundo.

No la encontrará y volverá a caer *de bruces en la oscura hoguera de cifras y palabras*. Pero así, vencida, estará en el centro de la poesía de hoy, en ese proceso aparentemente infructuoso que, aunque no tenga hallazgos finales, expresa bellamente la voluntad de encontrar aquello de que carecen nuestros actos, el sentido.

La poesía de **El ojo de la lluvia** es, pues, la de hoy. Y más allá del mayor o menor ingreso a los poemas de las duras vicisitudes del vivir llano, su constante es el haber sido escritos en *este absurdo lugar en el que silabeo/torpemente*. Y aquí cabe un desmentido impostergable: qué lejos están los versos de Otilia Navarrete de un silabeo torpe. Seguros y depurados inclusive cuando están llenos de angustia, aquí están para ti, lector.

José Watanabe

Lo sustantivo se esconde detrás de la hoja
que muere.

El verbo se detiene.

Ahora sólo escucho el húmedo
jadeo de la lluvia.

I

Las Voces

*La palabra
con sus ángulos y curvaturas,
ignora los adentros,
dicen que es necia
y tiene mala fama.*

I

Siento los bordes filosos de las palabras y sus límites imperfectos.

(Me llaman por mi nombre)

(Contesto.)

¿ Soy yo este conjunto de seis letras acopladas,
forzadas a señalarme como un manojo de signos inconexos ?

(Pero me llaman vuelvo el rostro Lllaman)

(Contesto.)

Aquello que me llama es un compuesto de sonidos,
yo me dejo señalar y juego a la obediencia,
voy, pero me quedo
ajena al nombre que bordea mis contornos,
mis hombros, mis caderas,
la íntima textura de mi piel sus poros abiertos, atentos.
Yo quedo al otro extremo observando
cómo se llama cuervo al ángel, ángel al cuervo
cómo ambos responden, sumisos o arrogantes, confusos.

II

La mujer de pie sobre las rocas escucha el estrépito
que hacen las olas al quebrarse.

Es esa boca ancha y húmeda la que sí sabe de su nombre,
límpidos cristales que se elevan, amado fondo intraducible
donde voces mínimas susurran.

(El sol se amarilla e insinúa la muerte de la tarde.)

La muerte la posee, la brinca,
elastica sus miembros,

una melodía antigua se desliza en sus oídos.

Ella sólo ha ido al mar a escuchar **La Voz** fuera de ella,
voz que le inventa una canción, choque de piedrecillas,
abrazo ondulante de las algas.

(Las aves se recogen temerosas ante el oscuro
viento que danza a la noche.)

Sin prisa, el mar silabea su humedad,
asciende por sus tobillos, llega hasta sus ojos,
la verde blandura de las algas se extiende
como un suave lecho.

¡ Qué importa que afuera las grandes piedras choquen
y enciendan fuegos fatuos !

(Ella sabe que sólo son mínimos detalles,
en la inmensa noche.)

El encuentro

Pertenezco a esta fauna incansable roedora de papeles.
Los colmillos en las manos destrozan las palabras
para luego acariciarlas con materna tibieza de lluvia.
Obstinado es el camino, subterráneo, húmedo,
la luz y la penumbra confunden las presencias,
los objetos amenazan desplomarse desde el techo
las paredes se llenan de señas,
signos ilegibles, guiños, que a veces, muy pocas,
se convierten en aves de brillantes colores.
Los sentidos se embotan y piden una tregua.
Este juego es demasiado peligroso. Busco la salida. A gritos.
Las palabras se aglomeran en mis poros, me asfixian, cubren la
salida, mis manos las rechazan, mutuamente se violentan.
Estoy cansada. Me resigno. Acepto.
Este es mi juego. Pronto vendrá la lluvia a apaciguar esta fiereza.

El buscador no importa, es lo buscado

el
d v
e e
s r
c t
e i
n c
s a
o l

Arte poética

En un acto de fe inocente en el fondo,
pretendo poner pies a la oruga.
Nuevamente la trampa. Penélope deshace su tejido
e intenta el engarce perfecto que traerá al amado.
Afuera, mil pasos furtivos desmadejan la calle cubierta de ruidos.
Adentro, telarañas sedientas descalzan sus sandalias
y se instalan periféricas, enredosas.
El eje erosiona en ecos inaudibles,
tropieza ebrio al borde de la noche.
Nada es real,
sólo una sombra mirándose al espejo
que pregunta.

Quiero huir
pero vuelvo a confundirme seducida por tu sonido terso,
por tu epígona boca que desbroza de árboles el cielo.
Corro a campo traviesa humedecido el aliento
tu cabeza reposa entre los riscos
tus cabellos danzan en ángulo perfecto.
Ahora escucho tu voz que es palabra y es silencio
deslizándose gota a gota entre mis dedos.

El miedo intenta detener mis pensamientos

corregir su imperfecta hechura
mi corazón, un ave extraviada en espesa jungla.
Nada es verdad -exclamo en mi penumbra-
aquí está tu cuerpo, aquí tus rincones
y tu innegable sombría transparencia.
Nada es verdad -repito- nada,
sólo estas manos húmedas de música
que golpean incansables
en el centro dolorido de mi cuerpo.

Sándalo

Huyo de la prisa como de una vieja tartamuda que cuenta
una y otra vez, una y otra vez sus recuerdos.
Busco los instantes tranquilos que se estiran
con cadencia de lluvia,
en colores pastel, siempre en sordina.

Cada noche, cuento y recuento los minutos
que anteceden al sueño,
interminable secuencia de inocentes mentiras
que descienden sobre mi cuerpo.

Así ha de ser entonces
mi insomnio resucita cada noche y me espera
con sus humores calientes
manos, ojos y voces aquietados,
los oídos, dos cavernas que suenan y resuenan,
debajo de la lengua, el sabor dulzón que antecede a la náusea.
Una estampida de cuervos cae vertical sobre mi nuca
y confunde las escenas,
desde los ojos cae la lluvia, pequeñita con olor a sándalo.
Piadosa, me arrulla entre sus brazos
me entretiene contándome una nueva historia.
Yo simulo creerle
me visto de lluvia y me dejo adormecer,
siempre en colores pastel, siempre en sordina.

Lugar equivocado

Entre el ácido olor de los pasillos que no acaban
se imponen testarudos mis sueños.

Me rebelo, éste no es un lugar para mí.

Quiero comprender a estas paredes que como
fumarolas ascienden hasta el techo.

Severidad que no convence,
aparentes complacencias, intrigantes apuros.

Busco estrellas en el techo
cuento las antiguas locetas
me pierdo en los recovecos.

Una voz sensata se impone en mis adentros:
aquí no lograrás coger estrellas pues no existe firmamento,
la magia está afuera, huye ahora que aún tienes tiempo,
cubre tus pies al pasar cerca de la hoguera
sé cauta, recoge tu falda, reparte generosa este infierno.

¿ Para qué ?

Para nada -dice mi amigo- el de las llamadas largas y
los impecables versos.

¿ Para qué ? -insisto,

y un inmenso silencio se escapa de su boca
entre el humo del cigarrillo que, como fumarola,
asciende hacia los cielos.

Arte poética II

La piel rosada de la tarde desdibuja su silueta
en el ocaso.

De risco en risco aletean los ojos,
de par en par el corazón palpitando el oleaje
agua y brisa modelando una gaviota en la arena.
Susurros, panes benditos, eclipses,
sonrisa ajena arrinconada en mi boca,
la marea recupera su espacio y aprisiona
el canto no emitido,
suavecita te deslizas descalza avanzas noche,
inofensivas arañas terciopelo en sus patas
salen de su escondite, murmuran:

" es noche de brujas, y los hombres tienen miedo ".

Ellas trepan las manos sorprendidas,
aliento tibio acariciando mi cuerpo.

Conventual el murmullo,
incienso y velas encendidas,
voces cómplices ovilladas,
tu nombre se recuesta en mi oído.

Panes benditos, silenciosos miedos,
suavísima música,
terciopelo,
dulce jugueteo convocado
por la morada oscura de mi cuerpo.

II

El viento que oblicua la lluvia

*¿ Y qué he de hacer yo con este espacio que me habita,
que me escinde diminuta,
que me invade con sus manos hurgadoras
y adhiere a mí su ojo nocturno
como una sanguijuela ?*

Un mundo voraz camina en mis adentros. Zigzageante
bordea mis círculos, despiadados círculos perfectos,
tropieza, abre puertas erróneas, sueños monocordes,
óxido y madera, sepia y sinfonía
que no encajan,
que se excluyen por opuestos,
no existe el complemento, sólo señales que se cansan
de ser sólo señales
elegidas por nadie, para nadie.
La mirada el gesto la sonrisa
desproporcionados golpes en el aire,
complacencias que sólo son paja, o papel,
o palabras sin sentido
seltas al viento,
leves golpes, mortales golpes
que tambalean las puertas,
mientras yo, del otro lado,
corro doble el pestillo.

Ustedes
incansables viajantes de mi espacio
inocentes sanguijuelas,
no saben
no pueden saber

cómo duele albergarlos
en el impreciso color de mis iras,
en mis rencores, mis amores no resueltos,
en la hastiada intención de mi mirada,
en el vértice escondido donde nace el pensamiento
tardío, confuso, lanzado hacia los vientos.

Toda yo lanzada hacia los vientos que oblicuan la lluvia
y me llevan no sé donde,
con ustedes como único equipaje, inmensamente ajeno y mío,
todo y nada en el encierro voluntario de mi cuerpo,
mi corazón, un campanario donde duermen
tibiamente las palomas,
y retozan y se arrullan,
comen y defecan con su despreocupada blandura,
y mi equipaje engrosa, y es peso inaguantable,
mi precioso equipaje adornado con cuentas de colores,
arabescos y esencias orientales.

Sólo un rumor

Tras el sordo estrépito monocorde de los golpes
filudas astillas calzan el espacio.

(Tibieza en redondez de vientre,
alto el ojo, el oído perfilado.)

La puerta ha cedido y la vida juguetea
su antigua versión repetida al infinito,
se suspende en los bordes de las flores,
se transmuta en mil historias que crecen
en los rincones curvados del reposo.

Mi espacio se habita de voces, plácida llenura
color violeta, abanicos alas en las manos,
transparencias salinas en los ojos.

¿ Es que no escuchan el rumor en las paredes ?

¿ No sienten el crujido del derrumbe ?

Piedras grandes y menudas ruedan cerca a mi puerta
relámpagos de sonrisas

pasos sigilosos

tiempo inminente de la huida,

la espalda obliga al ojo a cuidar el paso,

el abismo un gran vacío,

el corazón, mi corazón gritando a viva voz:

“sólo el vacío puede ser llenado”.

El límite

*Pretils en las curvas peligrosas
Caos alineado.*

La ciudad se recoge en el cráneo de la noche
y la tentación te da cabida,
el aire oscuro incita el canto triston de las lechuzas,
ojos asombrados
sobre los techos de las casas.

Angosto mi cuerpo quedo inmóvil,
cuidadosamente lo arropo como a un niño
capullo suave, tibiecito,
cobijando la vida casi quieta,
en su frugalidad dolorosa.

Pero la noche de mi ciudad con su torcida tristeza
pide un cómplice tributo:

*¡ Venid, venid a mí, vosotros, taciturnos paseantes
que habéis aprendido a orientarse en la penumbra,
vosotros, desconfiados del ruido y de la prisa,
yo os brindo un lugar para el misterio !*

Desovillo mi cuerpo en el exacto ritual de cada noche,
invitación precisa que no admite excusas,
dócil abandono mi quietud e intento
perderme entre el bullicio,
sumarme al caos
de este absurdo lugar en el que silabeo

torpemente
en el límite de la cordura.

Unos segundos son suficientes,
el capullo me atenaza acariciante,
sus finas hebras me envuelven,
aquí también está la noche en su viaje impenitente,
aquí la tibieza y su impecable refugio,
a solas con mi cuerpo,
a solas con mi amada soledad.

La búsqueda del asombro

Hay un juego armonioso en la llegada de la noche,
y en las siluetas que la penumbra va dibujando hasta cubrir
los perfiles de los objetos conocidos.
Se pierde entonces certezas y distancias, la mano tantea cautelosa.
La noche se filtra en los espejos,
ausencia de imagen, silencio adjetivo,
reposo del ojo y la diurna palabra.
Laxo el cuerpo se cobija entre las sábanas,
el cielo indiferente se asoma
por el borde ambiguo de la ventana.

Te acurrucas en el sueño en busca del reposo,
te estremeces, intuyes el asombro, cualquier cosa es preferible
a la certeza de lo conocido.
Te ahondas, te acunas, en un mínimo conjuro de ventanas
que se baten con el viento, inciensos dulzones, roces brillantes,
huecesillos últimos, mareado marino
en un mar amargo.

Es la noche concedora de tus rincones diáfanos,
de tu lúcido insomnio. Aflojas la trabazón de tus dientes,
te dejas estar entre círculos concéntricos,
multicolores abanicos que se abren hacia adentro
 alas batiendo ecos playa pecho-caracola
 picoteando el huraño camino del sosiego.

El latido se amansa y busca acomodo en la burbuja sin límites,
todo lugar es buen refugio en el ancho espacio de la nada,
en la ascensión penumbrosa que en curva callada realiza la noche.
Cedo ante ese ecran bullicioso que en desconocida lengua
se descorre ante mis ojos,
brillante azul, caída de agua susurrando
quién sabe qué espejismo.

Entre los astillados maderos de la ventana
se filtra la mañana,
obedientes los ojos inician el monótono bamboleo
entre las órbitas
las pupilas se contraen,
pero igual, es el tiempo del encuentro con las horas puntuales,
con las rayas blancas pintadas en las pistas,
luces, ruidos, enloquecidos relojes de la prisa.

Un rumor de quejas y plegarias crece en la iglesia cercana
y repica sus antiguas cuitas.
Frutas y verduras colorean el mercado, regateo de precios,
mínima complacencia.
Como un hormiguero bulle la vida en su angosto camino,
la línea recta es el camino más corto, dicen ellos,
no conocen la belleza sinuosa de la noche y del abismo,
el ruido tentador de la cornisa, su dulce olor a hebras de madera.
Sólo dígitos puntuales los esperan a la vuelta de la esquina,
el camino seguro.

Pasatiempo

I

Llegas sin prisa,
con un rumor sordo que se expande por los techos
con dulzura
y destruye las palomas y sus nidos.
Alboroto de alas y patas, ollas y cubiertos cuando llegas,
el habitual saludo, la pregunta, la sonrisa.
El olor de ayer se esparce gota a gota en tímido silabeo
e invade el reducido espacio en que me guarezco.
La casa se llena de cordura
el agua vuelve a ser agua.
Alguien inicia el consabido pasatiempo de las contradicciones
y no hay nada que agregar,
salvo seguir cruzando el aro incendiado que provoca,
retrocedes, retrocedo, cedo y me repliego en mi bolsa marsupia.
Cuento los minutos,
apuro el paso, intento huir
pero caigo de bruces en la oscura hoguera de cifras y palabras.

II

Se viene abajo todo lo planeado,
ni siquiera las voces guardan la mínima congruencia.

Invento una mirada, sonrío,
ensayo una palabra, la recojo,
evoco mis castillos en la arena, sus luces encendidas
el olor a cena tibia, los cálidos rumores.

Pero no es éste el castillo que cobija a los amantes,
ingenuidad primera que confundió las urgencias,
aquí los aprendices blasfeman y acechan tras las puertas
atrapados en un inmenso laberinto sin salida,
la extraña burbuja que separa nuestros cuerpos
distorsiona los gestos, enrarece las palabras,
cada quien huye como puede.

La gata maúlla pidiendo su comida, alguien la calla.
Hago tiempo.

La gata maúlla, arquea el lomo, todos la callan.

Hago tiempo,

subo al techo, tropiezo, me levanto, acomodo a las palomas.

Retrocedes, retrocedo.

Cartas bajo la manga

Con lápices de colores dibujo un rostro hermoso
sobre un papel gastado por el tiempo.
Un rostro cubierto de bruma oculto
entre las piedras,
entre el olor sensual de la noche y de la arena.
Él cubre mi cuerpo de dóciles sonidos,
embriaguez de olores tersos,
campo sembrado de amapolas.
Sonrío cierro los ojos.
Sería tan fácil
dejar al fin de ser prudente y cauta.

Antes que sea demasiado tarde
me urge cambiar las reglas de este juego,
es hora de sacar la carta oculta dentro de mi manga
aquella que desde el otro lado de la mesa reclama.
Allí no tendré que mirar de frente a otros ojos
ni sentiré compasión del enemigo,
distraré su atención y haré mi mejor juego.

Sólo necesito tiempo para perder la piedad,
la trampa está aprendida, ellos me enseñaron.

Suficiente

*Pájaro de papel
En una jaula
Barrotes de fuego.*

La casa estalla en un ruido demencial, entrecruza mis espacios,
me atrapa.

Agridulce olor de frágiles lianas que se trenzan,
tupido bosque que se angosta hasta la asfixia.

Huyo hacia la lluvia buscando la salida a este revoltijo
de miradas y palabras,

lavo mis brazos y mis piernas, desprendo la cáscara oscura
que se obstina en adherirse a mi piel,

a mis sudores,

a mi lengua,

bajo el agua recupero la antigua cadencia de voces
que entonan cantos de armonía,

una mano aprieta dulcemente mi hombro.

Bebo miel y leche

canto

abro la ventana

oteo el horizonte,

la cornisa me tienta en su precario equilibrio

en su espacio insuficiente

tropiezo,

el tropiezo de siempre, el tropiezo,

pero mis pies conocen el camino,

no vale la pena.

Cierro la ventana,
el ruido quede afuera,
las voces canten dentro de mí,
mi corazón esté colmado,
es suficiente.

Es mejor así

Nada te colma.
Enredaderas caprichosas
asfixian tus noches y tus días entre
minúsculos dientes roedores de instantes.
Nada calma el asombro prisionero entre el misterio del inicio
y la certeza del fin,
desconocido fantasma que ronda con pasos incansables,
hojarasca quebradiza en tu oído.
Te aferras a la espera pero llega el cansancio
con sus manías y lamentos,
decepcionadas sonrisas,
silueta que danza al ritmo de la vida y de la muerte.
Tu ser inacabado es una ola que se eleva y muere
mínima en la arena
arrastrando la impotencia de un final que se reinicia.

Has navegado cientos de espacios, cientos los encuentros
y también las despedidas,
has trepado por troncos carcomidos
confundida entre sus ramas,
sabiendo que todo termina en el espasmo
que atraviesa tu cuerpo
y te devuelve al punto de partida.
Ha ocurrido esto tantas veces
que ya no distingues lo falso de lo cierto,

te detienes
auscultas aquella emoción lejana del ayer
o quizás aún no vivida,
siempre en el centro de la ráfaga que parte en dos la mirada
y que te llama con su voz inubicable,
seducción que te cerca suspendida como un trapecista
en su máxima y quizás última prueba.

Entonces
en precario vaivén te sientas sobre la cuerda,
que sea el viento o la lluvia la que inicie el movimiento
o lo detenga.
Tú no hagas nada o será otro paso en falso
de los muchos que ya diste.
Es mejor así,
quietud perfecta, oído callado,
tenue luz del rincón que espera
soñar los sueños no soñados,
aquél donde se resuelven las urgencias.

Deja, deja ya,
que sea el viento o la lluvia,
el trueno o su ausencia
quienes dirijan tu paso.
Es mejor así.

Diariamente ante mi puerta

Diariamente ante mi puerta,
algún soñante que en silencio sueña trae
su enredada maraña de nocturnas visiones,
pasos lentos y sonidos que yo con longevo amor de madre,
y lentitud de amante acojo reverente.

La muchacha que baja la escalera de servicio
tiene un cuarto en la azotea,
yo he subido en su ausencia y he escrutado sus rincones,
sus olores, sus sueños pequeñitos que ella esconde
en los bolsillos del mandil que viste día a día.

A veces, cuando la casa se calma, cuando la gata retoza salamera
entre mis manos o me siento en el patio a fumar un cigarrillo,
ella, sabia, formal, sin hacer ruido
se me acerca
y saca delicada y pudorosa
un sueño, una inquietud.
Yo la escucho, desdoble su pregunta, le pongo alas.
¿ Y la tristeza ?
No lo sé, no sé qué hacer con ella,
sonreímos,
la gata salta al cerco,
ella sube la escalera.

Fue la lluvia

Hubo una vez un espacio,
presencia inquietante de incierto balbuceo,
ciego caminando entre dos abismos,
café negro invitando al misterio.
Los sentidos quedaron atrapados,
el oído todo música confundió las notas
elevándolas en un himno los ojos,
sólo instrumentos.

La plenitud abarcó al objeto
ingresó en su forma apenas delineada en difusos contornos.
¿ Fue tu voz o fue la lluvia tamborileando el nombre femenino ?
Los labios prepararon el beso,
ciruelas maduras, uvas en minúsculo racimo
tanteando la humedad.

La palabra guarecida tras la sombra que deja la lluvia,
con su voz pequeñita,
cantó a las cosas primeras, inocentes y sencillas.
Tú, sólo una presencia indolente en su negrura
en el agujero exacto,
música acariciante en un rincón escondido.
¿ O fue la lluvia ?

III

Sensaciones

La forma exacta se sustrae a los contornos
los sonidos convocan, el cuerpo se abre ante el conjuro
de la sangre que espesa, se hace lenta.

Permanecer allí,

íntima, plena,

cogiendo el pedacito de luz que se evade del afuera,
del tumulto que como una telaraña

proscribe lo propio.

Sensaciones líquidas, amorfas, trenzadas en red
de finísimos hilos,

ojos, manos, bocas escribiendo epitafios

en los lomos de las bestias

en sus suaves colas.

Se afirma el presagio con la llegada de la noche
aquél que aguarda desde el inicio de los tiempos,
incesante viento que impide el acomodo de los cuerpos
maraña de impiadosos pretextos
instalada en las palmas abiertas de las manos.

Creciente batahola,

innúmeros testigos aguardan

de pie

bajo el dintel carcomido de la puerta.

El francotirador

*Las barcazas secas
Flotan a la deriva.
No hay orilla.*

I

No puedes hablar de la oscuridad si una mano protectora
apartaba sus tinieblas.

No puedes conocer el miedo que ocasiona dar el próximo paso,
una mano engrillada a tu nuca, la mandíbula trabando el grito
que asciende entre tus huesos livianos.

¿ Divisas al francotirador apostado a la vuelta de la esquina ?

Quien tenga ojos de ver que vea.

Sólo algunos lo conocen, lo sufren, lo evitan,
a veces lo enfrentan, al final todos callan.

La noche extravía al trotamundo y lo apresta a la defensa, voraces
son las pupilas y adaptadas al tropiezo, al choque inevitable.

¿Cuál choque ? - pregunta turbado el psicoanalista.

Es un asunto de respuestas que nunca convencen,
pero al menos lo intentamos.

Ya es la hora.

II

Tienes miedo de ingresar al ascensor de ese viejo edificio,
la puerta que te aísla también te devuelve al bullicio mientras
cuatro vértices apuntan al centro de tu cuerpo y tú

con sólo un dedo marcas tu próximo destino.
Un lugar en el que estás de pie, envuelta en el intenso
olor del miedo,
en su vibración plateada,
un lugar tan solitario y tan lleno de olores, de miradas.
En cada número que se enciende, sabes que alguien aguarda,
la puerta se abre, pero no es por ti. No me aguardan.

Cada quien viaja en diferentes direcciones
cercanía obligatoria
alargas el cuello
y rozas a hurtadillas los cuerpos ajenos.

Entonces un escalofrío.

Mi mano se extiende apresurada
otra mano aprieta el botón antes que yo,
es mi turno -digo-.
El viaje es interminable.

Para no morir de hastío

Recorrer a solas una larga calle
sin conocer el camino de regreso intuyendo apenas
el espacio necesario para el paso en la penumbra.
Recoger la incipiente garúa entre las manos y acariciarla
en su olor plateado
como quien busca una escondida tersura.
Perderse en un espacio cualquiera aunque sólo sea
humo,
ceniza tornasol que tiña las manos
y encienda hogueras en pleno diluvio.
Un mínimo rincón en un parque abandonado.
Un instante de silencio en el fragor de las calles soleadas.
Una banca en una iglesia apenas alumbrada por los hoyos
que en el techo han dejado las palomas.

Luego, entrecerrar los ojos y morir de hastío confundidos
en el infame orden establecido de las cosas.

Donde no llegan las voces

He aprendido a conocer las esquivas manos
de los dioses en bonanza.
Conozco de memoria el artificio de su hechura,
la suavidad de su hocico,
lo áspero de sus lenguas,
la escasa veracidad de sus palabras.
Detrás de ellas un rincón oscuro, detrás de la mirada otro rincón.

Los ojos de Sísifo eran tristes y le dolían las manos,
un topo horadaría la montaña
y permanecería allí sin hacer un nuevo intento.
Sísifo calla, mira hacia la cumbre y otra vez el ascenso.

Los declives de las calles han convertido en negras aguas
la inocencia de la lluvia que intenta abrirse paso
entre los labios y la lengua.
El desencanto persiste,
sólo queda la huida presurosa hacia el tiempo que calma los ardores,
allí donde las fieras retozan inocentes,
donde no llegan las voces de los hombres,
sus bocas repletas de palabras,
sus garras oscuras, enguantadas.

El olor limpio de la lluvia humedece mi cuerpo,
me reconozco en él,

mis entrañables errores se reconcilian con mis mínimos aciertos.
La tentación del retroceso me endulza el oído
sería fácil guarecerme,
acallar el borboteo de la sangre que atraviesa
como un río
la ancha llanura de mi cuerpo.
Me detengo.
Recompongo mi cansancio,
afirmo mis manos,
¿ el hoyo o el ascenso ?

En el centro de la danza, el fuego

Creímos que era suficiente elevar el ojo al cielo
y esperar con blandura la redención.
Pero el enorme pájaro sacudió vanamente las alas
y comenzamos a preparar la trampa.
La caricia es una trampa
y la lágrima.

Todo límite apenas insinúa el rojo olor de las rosas
cuando el presagio nos insiste
a mitad del sueño
o en el atardecer
cuando la ventana tiembla con un ruido
que decimos es el viento,
voz pulsadora de convites sombríos
provocación.

Imploramos entonces la inocencia de las cosas diurnas,
que nos deje en paz la noche, la hipócrita ramera
que se cuela entre las sábanas con dulcedumbre de amiga,
ella desconoce el hechizo de las lunas menguantes
y el nombre aromático de los niños
escritos en las cortezas de los árboles.

Queremos palpar con inocencia la superficie de las cosas,
inventar un rito claro, una danza deleitosa, húmeda,

barro yerba en cristales de colores,
pies descalzos, vientre, torso,
conjunción de sonidos y transparentes humores.

Los niños y los viejos conocen esa danza,
extremos del círculo perfecto,
mínimo refugio donde quizás llega
tenuemente,
la respuesta de los dioses.

Sólo la niebla

Desde las azoteas se descuelga una humedad caliente
con no sé qué olor a yedra columpiante,
el rigor de la tarde se ablanda
con el canto sensual de las palomas,
amoroso abrazo refugiado en los aleros.
La premura se repite
cansancio
avenidas
parques
el día y la noche.

En aquella exacta dimensión
dormitan perezosos estos versos,
cómodo escondrijo
doloroso aparejo
que contiene mi cuerpo.
Aprieto la mirada
me paro firme en mi estatura
trago saliva.

Es sólo la niebla.

El pacto

*La loca dijo: "los moribundos no deben gritar, sólo cerrar los ojos e irse".
¿ Y hacia dónde llevaremos el grito que asfixiado llevamos
todo el tiempo en la garganta ? ¿ Cuándo nos será permitido devolverlo
como algo que se crió a nuestras espaldas ? ¿ Cuándo ?
La loca me miró preocupada, y siguió su camino.*

Otra vez he pulsado la cuerda equivocada
cuando los dioses están hartos de mi voz,
de la voz de los hombres que dejamos de ser niños.
El tiempo ha inclinado la estructura de los huesos,
impotente el ojo se absteiene
de elevar la mirada hacia los cielos,
hacia el silencio,
terror de encontrar voces
que susurren tentadores sueños al oído.

¿ Qué fue de la otrora perfecta geometría de los huesos ?
¿ Dónde la caricia de la mano amorosa
 sosegando el inocente llanto ?

La antigua promesa yace en el cuenco seco de la mano,
la decepción nos habita, nos convierte
en simples figuras de papel cercanas a la lumbre.
Exiguos, prematuramente viejos danzamos
una danza cobriza,
musgo y líquenes fangosos nos enredan
la luz nos da la espalda,
enceguecidas
se extravían las miradas
se acoplan buscando la salida.

Hay copos de nieve oscura
atrincherada entre los huesos
negando a humedecer el movimiento
áspera,
astilla sobre astilla.

Un parloteo de comadres nos agobia,
se expenden yerbas curativas de dudosa procedencia,
ni abstención ni huida
cara o sello es la consigna,
¿ con cuál gano ? ¿ con cuál pierdo ?
Proseguimos la partida.

Así, complicadamente simples e infantiles
las manos cerradas
asfixiando la luz,
llegamos a las puertas del infierno.

¿ Has visto ?

El fuego equívoco de las suelas y el asfalto ha confundido
la dirección de la lluvia.

Pájaros extraviados picotean el aire, alto, muy alto,
huyendo de las furtivas sombras
que acechan su inocencia.

Inmensamente solos caminamos entre el fragor de las calles,
ritmo incontrolable de la sangre que se ondula
en angosta curva al borde del abismo.

El tiempo ya zarpa y quedamos en la orilla zurciendo pretextos,
"quejas y contentamientos"
claman en el oído como en una cuenca vacía.

(" No me hablen de pecesitos rojos
ni del ingenuo grillo cosechado en los rincones ").

El hombre

¿ has visto tus ojos en sus ojos?
¿ el temblor de tus manos en sus manos ?
¿ la triste oscuridad de su mirada ?

Con sus manos de argamasa tantea el agua incierta de
los mares
los ríos
la lluvia,

sus dedos se perfilan desaparecen
en la penumbra
crece el pánico,
finge ignorarlo, insiste.

Ceniza sobre ceniza
el hombre apura las aguas finales,
caricia a caricia, sueño a sueño, grito a grito
destructor y destruido
el oído sordo
la soberbia.

Danza bajo la lluvia

*Jóvenes hacia su última morada
Viajan las flores de los muertos.*

Una rueda gira en torvos compases e incita
a la luz que se filtra, se contrae, se dilata,
estalla en burbujas de colores su pensamiento.
Él intuye el golpe, lo erizado el pavimento,
el gris entrando a borbotones por sus ojos,
el estruendo.

Llueve,
la lluvia tiene manos de mujer
brindis húmedo
bajo las asombradas alas de los pájaros,
sobre las hinchadas ramas de los limoneros.

La vaciedad es su camino,
sonríe,
una rueda gira, su compás es torvo,
la luz se filtra, se contrae se dilata
su corazón
húmedo
el círculo se corta
él lo sabe.

La caricia femenina de la lluvia
se desliza por su cuerpo.

¡ Ah sus ojos !

*Para los muertos no las lágrimas
Éstas para los vivos.
Los profanadores vestidos de blanco.*

Todas las casas tienen un lugar mágico donde descansan
sus muertos. Haces de luz
acurrucados en nuestros sentimientos.
A veces, bajo las manos protectoras del silencio,
sus bocas emiten sonidos amables que son música y palabra,
pero sus ojos ¡ Ah sus ojos, ojos de lluvia !
¡ si pudiéramos verlos !
¡ qué de espanto y tristeza !
¡ qué de asombro en su quietud !

Nosotros ignorantes del misterio
preferimos evitarlos,
el tiempo que posee la distancia ha dispersado el rastro
entre piedras falsas que se enredan
en los relojes
en las iras
en la urgencia que golpea como un zumbido
de insectos en la frente.

Pero el pasado ¡ atrévete a negarlo !
nos abraza por la espalda
galopa por los hombros
repta
por la curva de los párpados
por la inquietud y la sorpresa

por el tronco desvelado de la ausencia
que incita al olvido.

Ellos, nuestros amados muertos tan amados
que han aprendido de sus vidas y las nuestras
inmóviles en su eterna vigilia
ellos saben.
Saben y perdonan.

Lejos del peligro

El viejo ha perdido sus sandalias en la nieve,
en la víspera de la primera noche de invierno.
Él tiene miedo y piensa:

"Estoy solo, lejos de los hombres, cerca del peligro".

El aullido de los lobos traspasa la blanca frescura de la nieve.
El hombre tiene puesta su coraza de humano,
su mirada de humano,
sus uñas y sus dientes.
Los lobos se acercan, lo cercan,
mansamente lamen sus heridas
calman su cansancio,
cree llegado su final, cierra los ojos,
se abandona a ellos esperando la embestida.

Su cuerpo se impregna de un olor hurraño,
la mirada de los lobos mira rectamente a su mirada,
ya no siente miedo y piensa:

"Estoy solo, lejos de los hombres, lejos del peligro".

Llega el invierno.

Moraleja

Dicen que es de buen gusto acatar en silencio las palabras
de la gente prudente y sonreír para la foto
que alguien guardará para el recuerdo.
Se estila también, en estos tiempos sin nombre,
ser un saludable animal de carne y hueso
que suda, come, bebe y fornicia sin complicaciones.
O tal vez aprender lo de la chica, tímida ella, asustada y trémula,
que a solas se ríe a mandíbula batiente
de la cándida inocencia de los hombres.

¡ Ah pobrecitos de ellos !

- *Hermanitos de mi alma, créanme, tengo miedo* -

y ensayar frente al espejo la pose, la caída de ojos, el ángulo.

- *Incautos mortales os trituro entre mis dientes blancos y fuertes
pero yo, os lo juro, tengo miedo,*

soy frágil, poeta toda yo, comprendedme, amigos míos.-

Sin gracia ni estrategia me orillo ante la cámara
(cuando alguien me obliga a posar)
escondo mis dientes taciturnos, mis emblemas torcidos,
mis urgencias nonatas,
revuelvo mis respetables vísceras para extraer de ellas
la sonrisa conveniente, que nunca, nunca queda bien.

Sin cubrirme las espaldas
transo entonces hastiada, colmada hasta el hartazgo
de la presencia que atisba detrás de mis hombros,
requiem tornasol partiendo la tarde en cualquier esquina,
recoveco efímero, el oído.

Click, ... a posar para la historia, digan cheese.

Click, ... a pesar de las vísceras y la pata de conejo.

Click.

Hurtando la magia que espolea el unicornio de los sueños,
camino suavemente con mínimos pies de paja,
el fuego se extiende,
yo sólo abro mi puerta, de par en par las ventanas,
como una orilla tibia en la que siembro sombra sosegada.

No hay nada más tras este río que se inclina temerario.

Índice

Prólogo	7
I	
Las voces	13
El encuentro	15
Arte poética	17
Sándalo	19
Lugar equivocado	21
Arte poética II	23
II	
El viento que oblicua la lluvia	27
Sólo un rumor	29
El límite	31
La búsqueda del asombro	33
Pasatiempo	35
Cartas bajo la manga	37
Suficiente	39
Es mejor así	41
Diariamente ante mi puerta	43
Fue la lluvia	45
III	
Sensaciones	49
El francotirador	51
Para no morir de hastío	53
Donde no llegan las voces	55
En el centro de la danza, el fuego	57
Sólo la niebla	59
El pacto	61
¿Has visto?	63
Danza bajo la lluvia	65
¡Ah sus ojos!	67
Lejos del peligro	69
Moraleja	71

EL OJO DE LA LLUVIA de **Otilia Navarrete**
se terminó de imprimir en el mes de julio de 1998
por encargo de **Lluvia Editores**,
Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501, Lima.
Tuvo una tirada de mil ejemplares.

Esta vez vayamos con Otilia Navarrete a perseguir el más contradictorio de nuestros dones, la palabra. Estemos con ella cuando, cansada y limpia de pensamientos, sólo escucha *el húmedo jadeo / de la lluvia*. Feliz vacío donde la lluvia suena sin significar nada. Pero veámosla también cuando de pronto recomienza: ella es, como la llamó Blanca Varela, *una auténtica y empecinada buscadora de signos*, y ya la lluvia parecerá querer revelarle algo. Entonces volverá a su larga tensión poética, a su casi permanente estado de conciencia, para buscar alguna frase definitiva, por ahora y eventualmente, en el acompasado ruido del cielo sobre el mundo.

José Watanabe